

Arte islámico de los siglos VII al XIX

Lo terrenal y lo divino

Ery Camara

Dios es bello y ama la belleza.

HADIZ

La selección de 192 obras maestras de la colección permanente de arte islámico del Museo de Arte del Condado de Los Ángeles, mejor conocido como LACMA, se presenta actualmente en las salas de la planta baja del Antiguo Colegio de San Ildefonso. Desde la entrada, la exposición ofrece a los visitantes elementos que permiten contextualizar doce siglos de desarrollo de la civilización y de la cultura islámica que siguen siendo de gran trascendencia en el mundo. Estructurada en tres cápsulas cronológicas y cinco temáticas entrelazadas, la secuencia va marcando el paso del visitante desde los orígenes en el siglo VII hasta el XIX. La colección reúne expresiones artísticas procedentes de los siguientes países: Marruecos, Egipto, España, Turquía, Siria, Irán, Irak, Afganistán y el sur de Rusia. El islam es la tercera de las religiones monoteístas que congrega el mayor número de devotos de distintos orígenes profesando la fe a Allah y a su profeta conocido como Mahoma en Occidente. La estética del islam reserva al espacio de culto signos e imágenes exentas de figuración o idolatría. En la sala dedicada a la fe islámica, el *Corán* del siglo XIII y el fragmento superior de un *Mihrab* con un pasaje del *Corán* referido al paraíso nos hacen observar la prevalencia de la caligrafía como un arte presente en todo tipo de soporte en el registro de las revelaciones hechas por el arcángel Gabriel al profeta. El desarrollo estilístico de la caligrafía se puede apreciar en las láminas desprendidas de los libros sagrados ya fuera de uso, en la joyería, las tallas de madera, la alfarería, en las lápidas como en la arquitectura. Su integración a la decoración geométrica o floral la convierte en un sofisticado aglutinante que registra y reitera la presencia de lo

divino transcrito en signo o en el verbo salmodiado. El arte de la escritura que recorre las páginas del *Corán* es el mismo que encontramos en el retrato verbal del profeta conocido como *Hilje*. Esta manera de retratar sin la necesidad de enfocarse en los rasgos figurativos del individuo, sino en sus características esenciales, nos hace reafirmar el vínculo establecido entre lo terrenal y lo divino para que los creadores mantuvieran hasta la fecha lo figurativo fuera del ámbito religioso. Recordemos que la Kaaba, el monumento sagrado hacia donde se orientan los oratorios y se dirige todo musulmán para rezar, fue liberado por el profeta y despejado de los ídolos que tenía en su interior.

Es interesante notar que el islam temprano se tuvo que valer de soluciones artísticas propias y de culturas vecinas como la bizantina, la persa, la romana y aun la griega, la china y la india, entre otras, para enriquecer su lenguaje. Asimismo podemos hablar de la influencia que su desarrollo posterior imprimirá en muchas culturas. El auge del arte islámico se puede apreciar en la sala dedicada al medievo, es la multiplicidad en la unidad y la unidad en la multiplicidad. En la alfarería se aprecia una maestría en las técnicas innovadoras que dan lustres diferentes en cuencas y aguamaniles. En el ámbito secular o privado, vemos la figuración como recurso para narrar épicas, hazañas bélicas y ensoñaciones. La fauna y la flora son motivos para la inspiración de artesanos que las recrean en aguamaniles, cuencos y telas. La generosidad de elites y ciudadanos en los actos piadosos de comisionar la edificación de una mezquita o la confección de libros del *Corán* y encuadernaciones bellamente iluminadas se suma a la devoción que se manifiesta en la cotidianidad de individuos y comunidades. La expansión territorial que caracteriza el periodo muestra también los regionalismos que distinguen gran-

des centros renombrados en áreas urbanas, por la calidad y el oficio reflejados en su trabajo. En esta sala se aprecian unas *muquarnas* que ilustran lo infinito de la creación como una evocación de la grandeza del Creador y la reverberación que supone el paso de la luz en estos motivos; lo micro y lo macro interactúan y se unen para evocar los 99 nombres del Creador registrados en el *Corán*. El astrolabio de procedencia española nos habla tanto de la ciencia como del desarrollo de la navegación que beneficiaron en mucho el intercambio comercial en numerosos puertos, rutas y mercados. Esta vitrina que resalta el esplendor de la cerámica y del vidrio es una evidencia del gusto y la creatividad abiertos a la experimentación de técnicas y materiales que trasgreden las convenciones. El azulejo y el estuco de la Alhambra refrendan nuevamente la unicidad de Dios, dice la inscripción: “No hay más conquistador que Dios”.

La sala siguiente está dedicada a la luz y el agua, dos elementos considerados purificadores del espíritu en la comunidad. Ambos motivaron la manufactura de espléndidos contenedores o soportes de todo tipo: metal, vidrio, barro, mármol y porcelana. Símbolos de la manifestación divina incluidos en los instrumentos del culto y de la necesidad vital, su presencia en la arquitectura es destacable.

Como en todas las civilizaciones, las conquistas y el poder de los ejércitos fueron determinantes para asegurar la soberanía y la convivencia social. La crónica y las manifestaciones del poder se pueden apreciar en la sala dedicada a la batalla. Los componentes de una armadura, las láminas y las miniaturas que ilustran la crónica de las batallas y las alabanzas al soberano revaloran aspectos importantes en las jerarquías del poder. La sala dedicada al juego deslumbra por la vigencia de juegos como los naipes, los dados y las barras. El ajedrez y el *backgammon* representados en excepcionales ejemplares muestran la destreza de los artesanos.

El arte islámico de las últimas dinastías continuará ejerciendo su influencia en el mundo occidental hasta convertirse en modas o tendencias como los orientalismos, el arabesco y los estilos mozárabes o mudéjares que ya se conocían. El centro de producción alfarera de Iznik da a la cerámica turca un lugar prominente en este periodo. Su producción resalta el refinamiento en los materiales como la riqueza de su colorido y de sus motivos decorativos. En esta sala destacan entre las maravillosas obras la escultura de una lápida mortuoria en forma de turbante cuya sobria ejecución parece desafiar el tiempo por parecer tan contemporánea. La caja con incrustaciones de carey, concha y marfil es de una delicada manufactura, ejemplar del arte de la incrustación y recuerdo de la taracea que adorna mucho del mobiliario

musulmán. El retrato del sultán Mehmet I (quien patrocinó la edificación de la Mezquita Azul en Istanbul) plasmado en un fondo donde destacan las llaves simbólicas de la Kaaba, reflejan nuevamente el vínculo entre lo terrenal y lo divino en los actos de generosidad. Para concluir nuestro recorrido, la obra maestra de la exposición, la alfombra de Ardabil que fue comisionada por el sha Tahmasp (1524-1576) para un santuario ancestral es la pieza que nos sella el vínculo sugerido por el título de la exposición. Esta alfombra de dimensión considerable firmada por Maqsur Kashan tiene su par en el Victoria & Albert Museum de Londres, Inglaterra. El tejido demuestra las virtudes de los tejedores tanto en los motivos decorativos como en la gama cromática. La inscripción que encabeza la alfombra es una oda del poeta persa Hafiz (siglo XIV) que reza lo siguiente: *No tengo más refugio en este mundo que este umbral. Mi cabeza no tiene lugar de descanso aparte de este portal*. La presencia de las lámparas dibujadas en perspectiva en esta alfombra la convierten en una constelación florida, un espacio de comunión evocado en el umbral como el portal. Así, la alfombra delimita el espacio donde la oración del devoto transforma la atmósfera. Al lado de esta suntuosidad se aprecian unas láminas excepcionales del arte de la miniatura cerca de paneles textiles delicadamente elaborados con un dibujo y un colorido tan sutiles que resaltan su expresividad y frescura.

Después de este recorrido nutrido de información en las cédulas que acompañan la exposición, el visitante tiene la oportunidad de desmitificar las noticias sensacionalistas que pretenden reducir la imagen y la sensibilidad de un legado universal a los actos iconoclastas de fanáticos y extremistas que falsean el espíritu pacífico del islam. Es también una herramienta que nos aproxima a manifestaciones artísticas que no son ajenas a la cultura mudéjar heredada por México. Cabe señalar la presencia de la comunidad musulmana mexicana entre el público que visita la exposición. Pero no deja de asombrarme el escuchar las exclamaciones de algunos visitantes ante el parecido que encuentran entre algunas obras aquí presentes y tendencias o motivos presentes en la artesanía mexicana. En este sentido, la exposición les provoca una necesidad de revisión del pasado desconocido que aquí se reivindica. Recomiendo a nuestro público la visita guiada a la exposición con los voluntarios del museo que ofrecen gratuitamente este servicio. Le permitirá percibir que la belleza, la paz, el amor y la compasión son cualidades divinas que Seyyed Hossein Nasr, el estudioso iraní, plantea como fundamentales en la experiencia estética en el arte islámico (*El corazón del islam*, Kairós, 2007). Uno de los nombres de Dios es Al Jamil, el bello, y la belleza es el resplandor de la verdad divina.